



HAL
open science

La Historia como artificio: imitación de modelos textuales historiográficos en "Herrumbrosas lanzas" de Juan Benet

Manuel Martinez Duro

► **To cite this version:**

Manuel Martinez Duro. La Historia como artificio: imitación de modelos textuales historiográficos en "Herrumbrosas lanzas" de Juan Benet. Crisol, 2007, 11, pp.87-112. hal-00867303

HAL Id: hal-00867303

<https://hal.science/hal-00867303>

Submitted on 4 Oct 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La Historia como artificio: imitación de modelos textuales historiográficos en *Herrumbrosas lanzas* de Juan Benet

Manuel Martínez Duró

Crisol, 11 (2007), Université Paris Ouest Nanterre La Défense, p. 87-112.

I. INTRODUCCIÓN

La Guerra Civil, que en mayor o menor medida constituía el trasfondo histórico de la mayor parte de las novelas de Juan Benet, deviene en *Herrumbrosas lanzas* tema central¹. Así, tratándose de una novela sobre la Guerra Civil, por tanto de una novela sobre la Historia, cabe caracterizarla con el apelativo tradicional de novela histórica. Ahora bien, define este género (el de la novela histórica) el que el tema de la novela en cuestión se inscriba en la Historia y, como señala Dorrit Cohn, difícilmente se encontrará novela que no haga referencia, de cerca o de lejos, a la Historia, con lo que resulta que cualquier novela puede ser considerada histórica². Rechazando pues por impreciso este calificativo sumario de novela histórica, nos proponemos aquí elucidar detalladamente la relación del texto de *Herrumbrosas lanzas* con lo histórico, relación no meramente temática sino también y sobre todo formal: *Herrumbrosas lanzas* no sólo versa sobre acontecimientos históricos, también y esencialmente se finge Historia, texto historiográfico³. Más aun, tras una exploración inicial de los caracteres generales que la emparentan con los modelos textuales históricos, veremos también que la novela de Benet entronca con una tradición particular: la de la historiografía clásica.

II. LA ENUNCIACIÓN HISTÓRICA DE *HERRUMBROSAS LANZAS*

Aunque los caracteres definitorios del texto histórico son en rigor convencionales y por tanto históricos en sí mismos, distinguiremos aquí cuatro componentes aproximadamente trans-históricos, una especie de mínimo común denominador que suele verificarse en textos históricos de todas las épocas⁴. Son éstos: el establecimiento del referente (el *de qué se habla*), la mención de las fuentes (el *cómo se sabe*), el texto como elaboración discursiva (el *cómo se cuenta*) y la manifestación textual del historiador (el *quién habla*). Pasando revista de cada uno de ellos veremos en qué medida adopta *Herrumbrosas lanzas* patrones historiográficos.

1. Establecimiento y autenticación del referente

Verdad de Perogrullo, un texto es histórico porque *habla de cosas* de la Historia. Dicho técnicamente: porque sus referentes son históricos⁵. Independientemente de qué se diga de ellos, los sujetos de los enunciados hilvanados por el discurso histórico deben pertenecer al ámbito de lo

¹ Novela en tres volúmenes, publicada en sendas entregas en los años 1983, 1985 y 1986 (Madrid, Alfaguara). Las referencias al texto se darán por lo general de manera simplificada mediante dos cifras: la primera, en notación romana, correspondiente al volumen (I, II o III), la segunda, en notación arábiga, correspondiente a la página.

² Dorrit Cohn, *Le Propre de la fiction*, Paris, Seuil, 2001, p. 242.

³ 'Historia' en el sentido de relato de hechos pasados (dice el *Diccionario de uso* María Moliner en la primera acepción de 'historia': "Conjunto de todos los hechos ocurridos en tiempos pasados"; y en la segunda: "Narración de esos hechos").

⁴ Y es que en última instancia la distinción entre histórico (o factual) y ficcional no puede operarse sino desde el exterior del texto y como producto de una decisión institucional, es decir, pragmática: « *l'opposition entre le récit de fiction et le récit factuel ne doit pas être abordée dans les termes d'une épistémologie empiriste mais d'un point de vue fonctionnel donc pragmatique.* » (Jean-Marie Schaeffer, *Pourquoi la fiction?*, Paris, Seuil, 1999, p. 265). A este respecto, son conocidas las posiciones de algunos teóricos, como Hayden White, que, rehusando la distinción entre texto histórico y texto ficcional, caracterizan "la historiografía como una forma de hacer ficción" (citado en Cohn, *Le Propre de la fiction*, p. 174).

⁵ Dorrit Cohn subraya este hecho clave: tributaria del relato de ficción, la teoría narratológica se ha construido en base a la dicotomía *historia/discurso*; el relato factual (o referencial, o histórico), sin embargo, parece exigir un tercer nivel de análisis: el *referente* (Cohn, *Le Propre de la fiction*, p. 171-172).

reconocible como real (por oposición a ficticio). A esta operación de convocación de la Realidad en el texto histórico denominaremos establecimiento del referente. ¿En qué medida y en qué forma, entonces, imita el texto de *Herrumbrosas lanzas* los procedimientos de establecimiento del referente para su convalidación como reales?

Saltan a la vista en primer lugar la inclusión en el texto de todo tipo de signos lingüísticos que funcionan no tanto como portadores de un significado cuanto como garantes de la adecuación del texto a una realidad extra-textual: así la profusión de **nombres propios provenientes del extra-texto de la Historia**, nombres propios históricos⁶. Dentro del campo onomástico de la Guerra Civil: personalidades: Durruti, Mola; instituciones: “la República”, “el Frente Popular”, “Falange Española”, “el gobierno de Valencia”, “unidades del CTV”; batallas: “Teruel”, “Brunete”, “el frente de Aragón”, “el asalto final a Madrid”, “Vinaroz”. Constan igualmente numerosos nombres propios del ámbito de la historia española del siglo XIX: “Isabel II”, “I República”, “julio de 1869”, “restauración alfonsina”. Pero el texto de la novela abunda también en nombres propios que no pertenecen exactamente al ámbito de la Historia española⁷; así, por ejemplo, se hallan nombres propios culturales: “Nietzsche”, “Proust”, “Salinas y Quiroga Plá”, “generación del 98”; marcas comerciales: “Lagonda”, “Lancia” (automóviles), “Waterkahn” (máquina de música), “Remington” (máquina de escribir); “Pleyel” (piano); y nombres propios procedentes de otros ámbitos históricos: “affaire Aragon”, “Gallieni”, “guerra de 14”, “Napoleón”, “un nuevo Valmy”, “Grande Armée”.

En cuanto *históricos*, estos nombres propios son signos que convocan el saber enciclopédico del lector, funcionan como marcadores de lo histórico en cuanto el lector identifica su carácter de etiquetas que la Cultura pone a realidades históricas. Y ello, sin embargo, pudiéndose reducir ese saber enciclopédico a su mínima expresión: basta con que sea un saber nominal, con que expresiones del tipo “el frente de Aragón”, “la batalla de Teruel”, “Proust” o “Lancia” activen la conciencia de la presencia de ese intertexto cultural que es la Realidad, en este caso la Realidad pasada, es decir, la Historia: importa poco la precisión de los conocimientos enciclopédicos del lector. Con este conjunto de nombres propios ya conocidos se trata pues de « *réactiver un code plutôt [que de] donner une information nouvelle* », pues, en efecto, la convocación de este código, que denominaremos código histórico, es « *la base à partir de laquelle une information nouvelle sera communiquée.* »⁸. Constituye por tanto este código el punto de partida y la condición de posibilidad del discurso histórico, pues apelando a él por medio de los nombres propios históricos el historiador se dota de sujetos de los que hablar y construir así su discurso. Pues bien, esta es la operación que, valiéndose de los mismos nombres propios que el historiador, reproduce el texto de *Herrumbrosas lanzas*.

Por otra parte, en cuanto *nombres propios*, estos signos no tienen significado, el signo conecta directamente, sin la intermediación del concepto, un significante y un referente⁹, régimen lingüístico que es también el del célebre fenómeno textual que llama Barthes « *effet de réel* », ese « *luxé de la narration, prodigue au point de dispenser des détails ‘inutiles’* »¹⁰ y cuya sola función es la de hacerse garante de la realidad subyacente al texto¹¹. Y precisamente el texto histórico, modelo que imita el de *Herrumbrosas lanzas*, es paradigmático en cuanto al recurso a esas anotaciones banales, sin significado:

⁶ Véase por ejemplo: HL I, p. 84, 98, 100, 196, 214-217, 225, 264-267, 284, 301; HL II, p. 61, 95, 128, 137; HL III, p. 34, 37, 46, 186, 232.

⁷ Véase por ejemplo: HL I, p. 84, 101, 134, 194 nota, 208, 224, 237, 238, 260, 264, 265, 285, 289; HL II, p. 25, 30, 63, 136, 164; HL III, p. 26, 135, 187.

⁸ Ann Rigney, "Du récit historique. La prise de la Bastille selon Michelet", *Poétique*, 75, 1988, p. 240, nota 10.

⁹ Aunque pueda discutirse, es clásica la concepción según la cual en el nombre propio desaparece el significado (en la triada semiótica significado/significante/referente). Véase, por ejemplo, Oswald Ducrot et Jean-Marie Schaeffer, *Nouveau Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Paris, Seuil, 1995, p. 367.

¹⁰ Roland Barthes, "L'effet de réel", *Le bruissement de la langue*, Paris, Seuil, 1984, p. 180.

¹¹ « Sémiotiquement, le ‘détail concret’ est constitué par la collusion directe d’un référent et d’un signifiant; le signifié est expulsé du signe [...] C’est là ce qu’on pourrait appeler l’*illusion référentielle*. [Ces détails concrets] ne disent finalement rien d’autre que ceci: *nous sommes le réel*; c’est la catégorie du ‘réel’ (et non ses contenus contingents) qui est alors signifiée; [...] il se produit un *effet de réel*. » (*Ibid.*, p. 186).

[Le] « réel » devient la référence essentielle dans le récit historique, qui est censé rapporter « ce qui s'est réellement passé » [...] le « réel concret » devient la justification suffisante du dire. L'histoire (le discours historique: *historia rerum gestarum*) est en fait le modèle de ces récits qui admettent de remplir les interstices de leurs fonctions par des notations structurellement superflues [...]¹²

La profusión de nombres propios históricos entronca pues el texto benetiano con el texto histórico a través de la convocación de referentes históricos sin otra función en el relato que la de garantizar la presencia de un sustrato extratextual histórico, real. Y decimos que los nombres propios no cumplen ninguna otra función porque, por ejemplo, la acción de la novela no se desarrolla ni en Teruel ni en Aragón, sino en Región; el Gobierno de la República interviene sólo indirectamente a través de un oficial de enlace (Lamuedra) al que poco caso hacen los miembros de la Junta de Defensa de Región (en sentido inverso, el impacto es aun menor: los combates regionatos no influyen nada en la guerra a escala nacional); es indiferente que el piano sea de la marca Pleyel o el automóvil de la marca Lagonda.

Ahora bien, junto a esos nombres propios conocidos del lector, surgen también en el texto otros que, a pesar de serle desconocidos, se presentan como debiendo ser igualmente reconocidos como históricos. Sucede esto tanto con nombres reales –el lector no conocerá quizá los pianos Pleyel– como con nombres probablemente ficcionales –como “la casa Adamant” y “la casa Twyford” (fontanería). Así, paradójicamente, algunas actualizaciones del código histórico apelan a entidades desconocidas del lector. Algo parecido ocurre con topónimos y fechas, es decir con los códigos que denominaremos topográfico y cronológico¹³. Como puede imaginarse, el primero de ellos reúne las referencias a la geografía española: Madrid, Valencia, Teruel, Cataluña, etc., mientras que el segundo reúne las referencias a fechas clave del periodo de la Guerra Civil: por ejemplo, 18 de julio de 1936. De la misma forma que con el histórico (“la batalla de Teruel”), actualizando los códigos topográfico (“Valencia”) o cronológico (“18 de julio”) el texto se dota de otro ámbito en que saturar los enunciados con referencias a un extratexto garante. Pues bien, como sucede con el de los nombres propios y aun en mayor medida, estos dos códigos se ven “invadidos” por una multitud de actualizaciones que, no pudiendo en realidad ser reconocidas por el lector, piden serlo: nos referimos a los numerosísimos *topónimos de la geografía regionata* (Calatrava, El Salvador, Región, El Quintán, Torce, Socéanos, Mantua, Puente de Doña Cautiva, Matalutero, Cártago, Congosto, Bocacentellas, Burgo Mediano, etc.) y a las *fechas no relacionadas con ningún acontecimiento histórico* (“8 de febrero, martes [...] 15 de febrero” (I, 15), “7 de noviembre” (I, 195), etc.¹⁴.

La cuestión es entonces cuál es el estatuto de estos elementos ficticios y por tanto “ilegales” de los códigos culturales (histórico, cronológico, topográfico), elementos que no forman parte del saber enciclopédico del lector y que sin embargo el texto presenta confundidos con los elementos “legales”. Pues bien, resulta evidente que en esta contigüidad entre términos legales (“Valencia”) e ilegales (“Burgo Mediano”) se diluye el carácter ficcional de estos últimos, que se contagian del carácter real de los primeros. Y esto porque, como decía Barthes, el efecto de realidad se apoya precisamente en la banalidad, en la precisión inútil, caprichosa, no motivada: frente a la aparente ausencia de función del nombre de un pueblo (“Bocentellas”), la fecha exacta de un suceso (“8 de febrero”) o la marca un piano (“un Pleyel”), no le cabe a la lectura otra alternativa que la de suponerles la intención de fijar el referente, referente que se insertará en el continuo de referentes reales, históricos y conocidos establecido por los términos legales (“decir un nombre propio [...] es hablar como si el alocutario fuera

¹² *Ibid.*, p. 185

¹³ Tanto las denominaciones de los códigos histórico, cronológico y topográfico (manifestaciones de un único *código cultural*) como el sistema descriptivo que evidencian son los de Roland Barthes. Se hallará una exposición de este sistema en S/Z (Roland Barthes, *S/Z*, Paris, Seuil, 1970), donde se verá especialmente p. 21-25. Respecto al código histórico, véase Roland Barthes, “L’analyse structurale du récit. A propos d’Actes 10-11”, *L’aventure sémiologique*, Paris, Seuil, 1985, p. 304 : « *Le code historique [...] implique un savoir historique, ou, s’il s’agit d’un lecteur contemporain du référent, un ensemble d’informations politiques, sociales, administratives, etc. C’est un code culturel.* ». En cuanto a los códigos topográfico y cronológico, véase Barthes, “L’analyse structurale du récit. A propos d’Actes 10-11”, p. 302 y 304.

¹⁴ Además de las que se insertan en el periodos de la Guerra Civil (que abundan: “5 de diciembre” (I, 205), “la noche del 13 al 14 de diciembre” (I, 209), “8 de febrero de 1938” (I, 213)), aparecen también otras refiriéndose a periodos pasados y no contemporáneos de la acción novelesca: “La construcción del Puente de Doña Cautiva se remonta a los finales del siglo XVIII, cuando un corregidor ilustrado [...]”.

capaz de identificar los objetos referidos”¹⁵). El “efecto de realidad” designa entonces el fenómeno por el que la operación inicial de referenciación (*Realidad > Texto*) legitima subrepticamente la operación inversa: del tomar el Texto ciertos detalles banales de la Realidad se pasa a la impresión de que el Texto reproduce y recubre la Realidad, la Historia (*Texto > Realidad=Historia*). Así, como por mimetismo, los **términos ficticios de los códigos culturales** pasan a engrosar, junto a los reales, la cuenta del total de apelaciones a un extratexto histórico supuestamente conocido del lector.

Volvamos a un aspecto que acabamos de señalar: el recurso a los códigos culturales va asociado a la precisión hiperbólica (el “detalle inútil” de Barthes), como prueba el que cada una de las expresiones pertenecientes a estos códigos podría, en mayor o menor medida, suprimirse o modificarse sin menoscabo de la coherencia de la narración¹⁶. « *Pour faire ‘vrai’ -dice Barthes-, il faut à la fois être précis et insignifiant* »¹⁷. Pues bien, consignemos otro modo en que parece inscribirse la Realidad en el texto mediante el subterfugio de la precisión: **el número, la cuantificación**. « *Le nombre connote emphatiquement la vérité du fait : ce qui est précis est réputé réel* »¹⁸. En efecto, el número es instrumento de cálculo y clasificación de instituciones científicas y administrativas, utensilio de la vida práctica, mero medio de descripción, organización y transformación de la realidad. Del número se espera que cumpla una función simplemente referencial y denotativa (la precisión es dominio del ingeniero); en un texto literario como el nuestro, connotará esa referencialidad y constituirá un nuevo efecto de realidad¹⁹. Así, se hallarán en el texto abundantes cifras cuyo valor no tendrá ninguna importancia, cuya función se limitará a manifestar la ecuación *número=realidad*: “carretera comarcal C-610” (I, 90), “cota 1720” (I, 88), “piezas 114,3” (I, 208), “422 bajas [...] 189 muertos o desaparecidos [...] 115 legionarios [...] un mortero de 45 y otro de 50, tres ametralladoras y dos fusiles ametralladores. [...] 28 prisioneros, 114 fusiles y 9.000 cartuchos” (I, 209-210). El culmen de la consignación numérica se produce en las tres páginas que el tercer volumen dedica al inventario de los efectivos del ejército republicano regionato, en forma de tabla a dos columnas en que se detallan el número de tropas y el oficial al mando de cada columna y el número de ejemplares de cada tipo de arma o proyectil (III, 136-138).

Por último, señala Barthes en su estudio del efecto de realidad el desarrollo de técnicas accesorias de autenticación de lo real: fotografía, reportajes, exposiciones, etc., el mismo fenómeno que consigna Philippe Hamon como “complementariedad semiológica”²⁰: el texto se dota, en otro sistema semiótico, de un doble que lo confirma: el efecto de realidad es producto de la coincidencia de fuentes distintas y heterogéneas. Pues bien, señalemos entonces en *Herrumbrosas lanzas* la presencia de dos formas de esa complementariedad semiológica: por una parte, los **mapas que acompañan al texto**: un gran *Mapa de Región* geográfico y político en separata del primer volumen y los siete mapas que ilustran los movimientos de tropas, que ocupan varias páginas de los volúmenes I y III (I, 26 y 209; III, 143, 206, 216, 228 y 281), donde el lector hallará los dobles gráficos de los topónimos del texto; por otra, la **reproducción literal de documentos supuestamente extratextuales** (cuya inclusión queda marcada por la interrupción de la narración, a la que son anteriores cronológicamente): especialmente, las cartas de Eugenio Mazón a su madre (I, 173 y 209-209; III, 152-154 y 278-280) y diversos informes, actas y partes militares, entre los que destaca el inventario de personal y armamento regionatos al que nos referíamos más arriba.

¹⁵ Michèle Perret, *L'Enonciation en grammaire du texte*, Paris, Nathan, 1994, p. 25

¹⁶ Se ve esto claramente, por ejemplo, si se considera que las apelaciones al código cronológico (“8 de febrero”) en nada o casi nada contribuyen a la cronología interna de la narración (a saber si tal o cual acontecimiento de la novela sucedió antes o después de tal otro), pues el texto las proporciona de manera asistemática y dispersa. Esa cronología interna de la narración se constituye merced a otro tipo de expresiones temporales, la *relativas* (del tipo “al día siguiente...” o “cuando hubo acabado los preparativos...”).

¹⁷ Barthes, *S/Z*, p. 69

¹⁸ Roland Barthes, “Analyse textuelle d’un conte d’Edgar Poe”, *L’aventure sémiologique*, Paris, Seuil, 1985, p. 340

¹⁹ Paradojas de la literatura: el número connota la denotación.

²⁰ Barthes, “L’effet de réel”, p. 185 (« il faut ajouter le développement actuel des techniques, des oeuvres et des institutions fondées sur le besoin incessant d’authentifier le ‘réel’; la photographie [...], le reportage, les expositions d’objets anciens [...], le tourisme des monuments et des lieux historiques. ») y Philippe Hamon, “Un discours contraint”, en R. Barthes, et al. (ed.), *Littérature et réalité*, Paris, Seuil, 1982, p. 139.

Resumamos. Un texto histórico necesita autenticar la realidad de sus referentes. En esta perspectiva, *Herrumbrosas lanzas* abundan en esos “efectos de realidad” cuya función es simular la efectiva presencia de la Realidad en el texto. Hemos distinguido la apelación a un saber enciclopédico extra-textual por medio de la activación de los códigos culturales histórico, topográfico y cronológico; la precisión como simulacro de la referencia instrumental a la realidad; y la imitación de técnicas complementarias de validación de lo real (mapas y transcripción de documentos). Esta diversidad de dispositivos cumple así lo que parece el primer requisito del texto histórico y que finge el de *Herrumbrosas lanzas*: garantizar la adecuación entre referente del discurso y realidad.

2. Fuentes y validación del Saber

El elemento clave que según Dorrit Cohn distingue el relato factual (entre ellos el histórico) del relato ficcional es « *l'attestation, fondée sur des documents plus ou moins fiables, d'événements passés à partir desquels l'historien élabore son histoire* »²¹. Y, en efecto, ya hemos señalado en la sección anterior que el texto reproduce varios **documentos (supuestamente) extra-textuales**: informes, actas y partes militares y las cartas de Eugenio Mazón a su madre²².

Sin embargo, en el texto histórico la reproducción íntegra del documento extra-textual es más bien una excepción, lo habitual es que se cite o se refiera a él, con lo que el texto histórico se dotará de « *tout un appareil 'périgraphique' (notes [...], préface ou appendices), une zone textuelle qui fait fonction de médiation entre le texte narratif et sa base documentaire extratextuelle* »²³. A este respecto, habrá que notar que el texto de Benet no cita documentos reales o ficticios pero que inserta **apelaciones implícitas a un testimonio colectivo** por medio de construcciones impersonales²⁴: “*Se dijo* que cuando se hallaban próximos a los puestos nacionales [...]” (I, 155, nota); “Son numerosos los testimonios que avalan la veracidad de la historia [...]” (I, 119, nota); “Las fuerzas de la guarnición [...], según se vino a saber después [...]” (III, 158, nota), “*Se dice que* solamente medio centenar llegó a ver el final de la guerra.” (III, 231, nota). Aparecen también otras veces no indicaciones de fuente pero sí un discurso que, so pretexto de **matizar el contenido del documento** referido, reafirma su autonomía respecto al texto de la novela y por tanto su verosimilitud como elemento no textual: así, por ejemplo, la nota al pie que respecto a la carta de Mazón a su madre reproducida en el cuerpo del texto precisa que “con un rápido trazo el autor [Mazón], siempre con una escritura pulcra y muy pocas enmiendas, tachó la palabra ‘gozáis’ y la sustituyó por ‘gozan’” (I, 208, nota); o la siguiente declaración de literalidad del enunciado extra-textual reproducido: “el trayecto entre los dos pilonos que señalaban el linde de la finca y la entrada del camino particular –*así dicho en un letrado*– [...]” (I, 232).

²¹ Cohn, *Le Propre de la fiction*, p. 171. Dice Genette en este mismo sentido: « *les différences les plus nettes [entre récit factuel et fictionnel] semblent affecter essentiellement les allures modales les plus étroitement liées à l'opposition entre savoir relatif, indirect et partiel de l'historien et l'omniscience élastique dont jouit par définition celui qui invente ce qu'il raconte* » (Gérard Genette, *Fiction et diction. Précédé de Introduction à l'architexte*, Paris, Seuil, 2004, p. 166)

²² Mención aparte merecen estas dos alusiones a textos reales: “Alguien debió reparar de nuevo entonces en la bolsa de Región, un punto de la geografía que sólo en los mapas de la época llama la atención; en los mapas y en unos pocos textos de discutible valor. (I, 35)”; “Un cierto autor ha venido a describir la guerra civil en Región como una reproducción a escala comarcal y sin caracteres propios de la tragedia española. (I, 139)”. Ese “cierto autor” que postula la homología bélica entre Región y España y esos textos “de discutible valor” que versan sobre Región no son otros que Juan Benet y su obra, que se parodian en esta auto-cita velada (se lee en efecto en *Volverás a Región* (Barcelona, Destino, 1967, p. 75): “Todo el curso de la guerra civil en la comarca de Región empieza a verse claro cuando se comprende que, en más de un aspecto, es un paradigma a escala menor y a un ritmo más lento de los sucesos peninsulares”).

²³ Cohn, *Le Propre de la fiction*, p. 177. A estas indicaciones de fuente las denomina Barthes *embrayeurs d'écoute* y las señala también como características de los textos históricos: « *toute mention des sources, des témoignages, toute référence à une écoute de l'historien, recueillant un ailleurs de son discours et le disant.* » (Roland Barthes, “Le discours de l'histoire”, *Le bruissement de la langue*, Paris, Seuil, 1984, p. 164). Barthes da los ejemplos siguientes: « *comme je l'ai entendu* », « *à notre connaissance* ».

²⁴ Cuando se refiere un documento, es ficticio y de improbable utilidad: “Un raro documento [...] guardado entre sus parejos – y nunca expuesto a los rayos del sol– [que] perdió la mayoría de sus caracteres [...] [y del] que sólo cabrá descifrar unas pocas palabras en el encabezamiento y en la despedida.” (III, 267, nota). Sin embargo, esta ausencia de referencias a fuentes documentales emparenta el texto benetiano con una tradición historiográfica particular, la clásica (véase la nota 54).

Por otra parte, la ausencia de indicaciones de fuente explícitas viene en cierta manera compensada por la gran frecuencia con que los enunciados del narrador-historiador revisten la **modalidad epistémica**²⁵, es decir el narrador los presenta como suposiciones, hipótesis y no como afirmaciones categóricas²⁶:

un mes más tarde Constantino salió de viaje, como tantas otras veces, sin decir a nadie hacia dónde pensaba dirigirse; *acaso* fue a Madrid o a Arganda, en busca de Santiago, y *muy probablemente* llegó tarde; *también es posible* que visitara la cantera, la obra parada o la Jefatura de O. P. en busca de seguridades a cambio de promesas, ante el desastre que se venía encima, y *muy probablemente también* llegó tarde; *quién sabe*; (I, 55)

Tal vez tenía un crimen a sus espaldas que necesitaba envolver con una ejecutoria guerrera; *tal vez* le acuciara una venganza; *tal vez* comprendió que se le presentaba la última oportunidad para engolfarse de nuevo en el vicio de la acción (I, 56)

Por último, si el texto de *Herrumbrosas lanzas* imita el ceñirse a un referente extra-textual característico del texto histórico es también de forma negativa: no tanto mediante la cita de fuentes como **minimizando el recurso a procedimientos ficcionales**, es decir, procedimientos que lo marcarían claramente como no referencial (no factual). Los marcadores de ficcionalidad han sido detalladamente estudiados por Kate Hamburger²⁷; en este sentido, Jean-Marie Schaeffer ha señalado que la mayoría están ligados a la focalización interna²⁸. Pues bien, a este respecto *Herrumbrosas lanzas* mantiene a lo largo del texto tres características que, aun sin privarse de los procedimientos característicos de la ficción, lo emparentan formalmente con el texto factual (y por tanto histórico). Primero, la **casi ausencia de diálogos** (en el polo opuesto, el recurso frecuente al diálogo es un índice de ficcionalidad): como en la mayoría de textos benetianos, la voz narrativa monopoliza la mayor parte del texto. Segundo, el uso frecuente de la **focalización externa**, favorecida por la descripción de situaciones colectivas que conlleva el tema de la guerra en Región (reuniones, preparativos, batallas, etc.). Tercero, la modalización de enunciados que suponen focalización interna (que proporcionan informaciones sobre los pensamientos, estados de ánimo, intenciones, etc. de los personajes) y que, como dice Genette, sólo marcados como hipotéticos pueden aparecer en un texto factual: « [le récit factuel] ne s'interdit a priori aucune explication psychologique, mais doit justifier chacune d'elles par un indication de source [...] ou l'atténuer et, précisément, la modaliser par une prudente marque d'incertitude ou de supposition »²⁹. Notemos que, a pesar de que *Herrumbrosas lanzas* recurre continuamente a la focalización interna y que sólo una pequeña parte de este tipo de enunciados aparecen modalizados, esa fracción es muy visible (los célebres “tal vez” de Benet) y suficiente para producir un efecto general de modalización epistémica característico de la enunciación factual. Por lo demás, veremos en §III que hay que reconocer a estos fragmentos en focalización interna otra forma de legalidad historiográfica.

²⁵ Un enunciado está modalizado epistémicamente cuando su contenido asertórico-descriptivo (el *dictum*) viene matizado por el tipo (el grado) de conocimiento que el locutor tiene de ese contenido (*modalidad*). Dicho en términos semióticos, un enunciado modalizado epistémicamente es aquel en que un predicado elemental, de “ser” o de “hacer”, está sobredeterminado por un predicado de “creer”. Véase, por ejemplo, Algirdas Julien Greimas et Joseph Courtès, *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette, 1979, artículos « modalisation » y « épistémiques (modalités) ».

²⁶ Presenta el texto una gran diversidad de formas: “acaso” (I, 55), “ora... ora... ora” (I, 107), “bien.. bien” (I, 115; I, 188), “o... o... o...” (I, 138), “es posible que...” (I, 209), “probablemente” (I, 267, nota; I, 269), “tal vez” (II, 185). Véanse en los otros dos volúmenes: II, 49, 53, 55, 64, 137, 153 y III, 17, 61-62.

²⁷ En la parte II de Kate Hamburger, *Logique des genres littéraires*, Paris, Seuil, 1986. Identificaba Hamburger los siguientes: verbos de procesos interiores aplicados a los personajes, discurso indirecto libre, monólogo interior, verbos de situación (levantarse, sentarse, quedarse...), empleo masivo de diálogos, anafóricos sin antecedente, deícticos espaciales con referencia a los personajes, combinación de deícticos con pretérito imperfecto y pluscuamperfecto.

²⁸ Ducrot et Schaeffer, *Nouveau Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, artículo « Fiction », p. 383. Para el concepto (clásico) de focalización (interna, externa y cero), véase Gérard Genette, “Discours du récit”, *Figures III*, Paris, Seuil, 1973, p. 206-211.

²⁹ Gérard Genette, “Récit fictionnel, récit factuel”, *Fiction et diction. Précédé de Introduction à l'architexte*, Paris, Seuil, 2004, p. 152.

3. El texto como elaboración discursiva

Lo primero que lee el lector en la portada del primer volumen de *Herrumbrosas lanzas*, después del nombre del autor y del título, es la indicación “Libros I–VI”; y luego, en la página 11, un *Índice* que da cuenta de la localización de esos seis libros que componen el volumen. Más adelante, pasando página y antes del comienzo del texto del Libro I, halla el lector una página (la 13) que contiene una serie de frases nominales a modo de índice o resumen de las secuencias del libro: “La reunión del 8 de febrero. El Capitán Arderius. Las operaciones de 1938 desde uno y otro bando. [...]”; lo mismo sucede en los volúmenes segundo y tercero (en el segundo, compuesto de un solo libro, no hay índice). La novela aparece pues organizada en *libros* cuyo contenido se anuncia en un resumen al principio de cada uno ellos: el contenido del texto aparece **lógicamente organizado a nivel paratextual**³⁰.

Pues bien, la organización visible del material es característica, en general, de los textos explicativos –cuya disposición viene determinada por el objetivo primordial de garantizar su comprensión por el lector– y, en particular, del texto histórico. El texto de ficción ha sido concebido como forma de aprehensión de la realidad en que se confunden sucesión y causalidad, una forma en que se oculta o disimula la articulación lógica tras la sucesión cronológica³¹. El texto histórico, en cambio, en su aspiración a un racionalismo científico, en cuanto apela no a la imaginación sino al intelecto, se vale de dispositivos que combaten esa ambigüedad y que en mayor o menor medida explicitan su propia estructura lógica. Pues bien, la organización lógica de *Herrumbrosas lanzas*, inicialmente visible en su disposición en libros resumidos, se manifiesta en otros niveles más profundos de la articulación del texto.

Por de pronto, en los textos históricos la organización presupone la anterioridad (respecto a su relato) de los acontecimientos, que el historiador conoce en su integridad antes de ponerse a escribir y que dará a conocer en una forma propia (detalle, orden, etc.)³². Y, en efecto, esa **anulación de la temporalidad del suceso y su sustitución por la temporalidad propia de la actividad historiadora**, necesariamente posterior a los hechos que refiere, es puesta explícitamente de manifiesto en varias ocasiones. Así, por ejemplo, cuando el narrador alude a la historia que relata como a algo anterior e independiente de su actividad relatora:

Cabe conjeturar –no es difícil hacerlo cuando *se escribe una historia muchos años después de ocurrida* y se carece de los datos que pueden desmentir las hipótesis que buscan los determinantes de la conducta– que en su mesa de trabajo [...] (II, 132-133)

Y lo mismo en este otro fragmento: “[...] cosa que de haber hecho aquel otoño habría cambiado *la presente historia*.” (II, 123). Se notará, efectivamente, la denominación “historia”, que separa y distingue explícitamente la actividad relatora de los hechos que refleja (lo que lee el lector es pues construcción, no visión produciéndose en el presente ante sus ojos), y su adscripción al pasado, su anterioridad respecto al acto narrativo (“muchos años después de ocurrida”, “*habría cambiado la presente historia*”). De modo inverso, la narración puede mirar desde el presente de la historia hacia el futuro (conocido) de la misma: “*Posteriormente se barajará* la idea de que a aquellas alturas ya sólo deseaba [Mazón] la retirada, la vuelta a casa y la inacción, cansado de tantos días de brega [...]” (III, 219); “Qué lejos estaba de saber que aquel hombre y aquellas piezas le *entregarían* en bandeja el botín de El Balsador.” (III, 164); “Obtener el envío de refuerzos [...] con vistas a la ofensiva de primavera que *había de terminar* con aquella anacrónica bolsa de Región.” (III, 190). La posterioridad queda aquí manifiesta en las formas verbales de valor futuro (además de en el lexema “posteriormente”). Se trata de un tipo particular de lo que la narratología de Genette conoce como *prolepsis* (« *manoeuvre*

³⁰ El paratexto es –según la terminología de Genette– el material verbal que acompaña al texto del libro (nombre del autor, títulos, dedicatorias, epígrafes, prefacios y notas) (Gérard Genette, *Seuils*, Paris, Seuil, 1987).

³¹ « *le ressort de l'activité narrative est la confusion même de la consécution et de la conséquence, ce qui vient après étant lu dans le récit comme causé par* » (Roland Barthes, "Introduction à l'analyse structurale des récits", en Roland Barthes, et al. (ed.), *Poétique du récit*, Paris, Seuil, 1977, p. 22).

³² « *le caractère historique des événements racontés par l'historien réside non seulement dans le fait qu'ils sont réels plutôt qu'inventés, mais aussi dans le fait qu'ils sont passés [qu'ils ont] une existence antérieure au récit dans lequel ils sont représentés* » (Rigney, "Du récit historique. La prise de la Bastille selon Michelet" 269).

narrative consistant à raconter ou évoquer d'avance un événement ultérieur »³³) y que podríamos denominar prolepsis de historiador: el salto al futuro de la historia viene autorizado por el género al que pertenece el texto (el histórico), que supone la anterioridad de la historia respecto al relato.

Por otra parte, si en el nivel macro-estructural el texto de *Herrumbrosas lanzas* dispone su materia en libros dotados índices, también en el nivel micro-estructural aparece fuertemente organizado por medio uno de los mecanismos característicos, según Barthes, de la enunciación histórica: los *embrayeurs d'organisation*, que con terminología más reciente denominaremos **conectores metatextuales**³⁴:

tous les signes déclarés par lesquels l'énonçant, en l'occurrence l'historien, organise son propre discours, le reprend, le modifie en cours de route, en un mot y dispose des repères explicites. [...] indication[s] d'un mouvement du discours par rapport à sa matière, ou plus exactement le long de cette matière.³⁵

Y así encontramos en *Herrumbrosas lanzas* conectores *aditivos*: “Además, acostumbraban a amenizarle la velada con un rosoli” (I, 64); *ordenadores*: “Asistieron los más significados dirigentes del valle [...]; todos los miembros del Comité de Defensa [...]; algunos invitados [...]; y, *por último*, los jefes, oficiales, comisarios y asesores [...]En primer lugar, suponía una sustancial división de los efectivos [...]; *en segundo lugar*, [...]; y, *por último*, [...]Por una parte, es menester considerar [...] *Por otra*, cabe aducir [...]continuativos: “tampoco le confió el capitán lo que [...], *a saber*: que en breve moriría de un tiro en la espalda [...]Ciertamente, ninguno de los dos [...]en efecto, con el carro y las mulas [...]Como decía, estaban a punto de subir a los coches [...]finalizadores: “No tenía ninguna importancia estratégica, no tenía muchos recursos, no tenía –*en fin*– razón de ser.” (I, 30); de *anterioridad*: “*Pero como dije antes*, el pacto convenido [...]en una ocasión anteriormente descrita, había repetido la lectura en voz alta” (III, 212); “*Por otra [parte]*, cabe aducir su *ya varias veces mentada* y harto justificada desconfianza hacia toda iniciativa procedente de Arderius” (III, 215).

Habrà igualmente que añadir a la cuenta de los segmentos en los que se manifiesta una organización lógica del texto los **conectores lógico-semánticos** en el interior de la frase, que abundan no sólo en *Herrumbrosas lanzas* sino en toda la obra de Benet, como “sin embargo”, “en cambio”, “a pesar de”, etc., todo tipo de partículas concesivas, causales, condicionales, finales, etc. que estructuran el contenido textual más allá de la simple sucesión cronológica³⁶.

Por último, participan también de la organización textual las numerosas **notas a pie de página** (más de veinte en el volumen I, por ejemplo). Por una parte, la nota al pie es un dispositivo escritural destinado a distinguir y separar lo nuclear de lo accesorio, función que cumplen buen número de las de *Herrumbrosas lanzas* (p. ej. I, 115, 131, 193). Por otra, con frecuencia el narrador se vale de la nota al pie para recordar hechos anteriores o posteriores a los que le ocupan en el cuerpo del texto (los haya o no consignado en su relato), es decir, para recorrer la materia temporal del conjunto de la historia que

³³ Genette, "Discours du récit", p. 82.

³⁴ Helena Calsamiglia Blacafort et Amparo Tusón Valls, *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 246). Adoptamos seguidamente la clasificación de los conectores que propone esta obra.

³⁵ Barthes, "Le discours de l'histoire", p. 165. Estos son algunos de los ejemplos que da Barthes: *comme nous l'avons dit plus haut; sur lui, nous n'en dirons pas plus; voici les autres actions dignes de mémoire*. Un poco más allá Barthes señala la relación ya mencionada entre organización lógica y anterioridad respecto al relato de los hechos históricos: « les [embrayeurs] d'organisation attestent en effet [...] la fonction prédictive de l'historien: c'est dans la mesure où il sait ce qui n'a pas été encore raconté que l'historien, tel l'agent du mythe, a besoin de doubler le dévidement chronique des événements par des références au temps propre de sa parole » (Barthes, "Le discours de l'histoire", p. 167)

³⁶ “*Sin embargo*, no era militar de carrera, era músico de profesión.” (I, 15); “Y, *sin embargo*, el cambio no fue sólo para bien” (I, 45); “*sin embargo* una vez más los acontecimientos habían de tomar un giro inesperado para Julián Fernández” (I, 56). “Pero, *en cambio*, será la elección del sector de ataque lo que provocará las mayores controversias” (I, 25); “no había hecho un gran capital; *en cambio*, una orden suya podía movilizar toda una humanidad” (I, 38). “Constantino –*a pesar de* ser muy popular– no había alcanzado todavía, ni la alcanzaría jamás [...]a pesar de la camaradería que le había unido a él” (I, 50)

relata³⁷. Así, la notas al pie constituyen un espacio textual (separado) a la vez de lo accesorio y de lo no contemporáneo.

En resumen, *Herrumbrosas lanzas* se halla atravesada por una multitud de formas de organización lógica del texto: sustitución de la temporalidad del suceso por la del historiador, disposición en libros, resúmenes, conectores metadiscursivos y lógico-semánticos y notas a pie de página de desplazamiento temporal.

4. Manifestación explícita del enunciador

Puede observarse en los pasajes con que hemos ejemplificado la presencia de conectores metatextuales la superposición de dos voces: una que relata la historia y otra que organiza, matiza, corrige a la primera. Así en “No carecía Cristino de arrojo y atrevimiento –*como ya he apuntado alguna vez*” (II, 212) el segmento en cursiva se distancia de la voz del relato, de la que no participa sino que la comenta. En este comentario se manifiesta explícitamente la voz del narrador: en lugar de ocultarse tras el relato anónimo, el narrador comenta su propia actividad discursiva. Lo mismo puede decirse de “*Además*, acostumbraban a amenizarle la velada con un rosoli” (I, 64), donde a la organización del texto mediante el conector *además* no puede sino atribuírsele un origen, una voz organizadora distinta de la materia organizada. Se trata de otra de las características del texto benetiano que lo emparentan con el texto histórico.

En efecto, la presencia manifiesta del narrador como subjetividad productora del texto es característica del discurso histórico: desde la Antigüedad, ajena al ideal moderno de objetividad, hasta el presente, en que ese ideal aparece como un sueño ingenuo y perverso contra el que la mejor salvaguarda es la asunción explícita del reducto esencial de subjetividad del historiador. El histórico es un discurso que, lejos de aspirar a una imposible transparencia y anonimato, se muestra como producto de un enunciador. La Historia como relato no puede dejar de presentarse como tal, como *elaboración* de un relato de “hechos ocurridos en tiempos pasados”, y por tanto como articulación de dos tiempos: el de los acontecimientos pasados (el de la Historia) y el del presente desde el que se relatan (el tiempo de la actividad historiadora)³⁸.

Así, pues, la distinción explícita entre las temporalidades de la historia y de la actividad narrativa, el empleo de conectores metatextuales y en general **la organización lógica del texto** suponen la expresión de una voz independiente de la materia de la historia. Pero la presencia de un enunciador se manifiesta en otras formas textuales. Para empezar, la que ejemplifica el último de los pasajes citados: **la primera persona** del verbo *apuntar* en “No carecía Cristino de arrojo y atrevimiento –*como ya he apuntado alguna vez*”. Como es sabido, las primera y segunda personas, en pronombres (*yo, tú*) o verbos (*dije*), así como los deícticos espacio-temporales (*aquí, ahora*), son elementos cuyo referente sólo puede identificarse refiriéndose a la situación de enunciación (“yo” es el que dice *yo*): al enunciador y al tiempo y espacio de su actividad discursiva (al yo-aquí-ahora). Son pues expresiones que inscriben explícitamente al narrador en el texto: contrariamente a lo que sucede en el relato de ficción, que cuidadosamente “exclu[ye] el presente del que habla”³⁹, la saturación referencial de estas **expresiones deícticas** pasa por actualizar la figura del narrador en su actividad de

³⁷ Exactamente lo que Barthes identifica como *embrayeurs d'organisation*: « *indication[s] d'un mouvement du discours par rapport à sa matière, ou plus exactement le long de cette matière* » (ver nota 35). Véanse, por ejemplo, en el volumen I: p. 72 y 144 (pasados), p. 131 y 230 (contemporáneos), p. 83, 114, 115, 118, 144, 155, 181, 267, 293 (futuros). En términos narratológicos, estas notas son analepsis (pasado) y prolepsis (futuro). La prolepsis son, la mayoría de las veces, necrológicas: “[...] único documento que encontraron en su [de Juan de Tomé] cuerpo sin vida, cuando fue descubierto su cadáver en enero de 1939” (I, 293, nota).

³⁸ El único texto histórico que no se presenta como tal es quizá el manual escolar, el libro de texto de la asignatura de Historia; pero precisamente este tipo de texto no hace la Historia sino que construye una síntesis de los distintos trabajos de los historiadores para, borrando su origen múltiple y subjetivo y atribuyéndole otro único y pretendidamente objetivo –el Estado–, convertirla artificialmente en “la verdad”.

³⁹ Barthes, “Introduction à l'analyse structurale des récits”, p. 41.

narración⁴⁰. Y, en efecto, el texto de *Herrumbrosas lanzas* señala periódicamente su doble temporalidad, como se aprecia en estos otros ejemplos: “Pero como *dije* antes, el pacto convenido de tan tácita manera [...]” (II, 200); “No se necesita *–me parece–* una exagerada agudeza para comprender [...]” (III, 150); “Como *decía*, estaban a punto de subir a los coches [...]” (III, 293); “No lejos de allí existe *en la actualidad* [...]” (I, 269); “[...] por aquellas fechas *–y en buena medida todavía en nuestros días–* [...]” (II, 116); “[...] los lindes de Mantua que algunos se prestaron a cruzar (tal vez entonces no infundían tanto respeto como *ahora*) [...]” (II, 185); “*Hoy*, medio siglo después de aquellos sucesos [...]” (III, 57).

Caso aparte es la mención en tercera persona que de sí mismo hace el narrador en una nota a pie de página del volumen I: “[...] Ausencio Maroto de quien *el autor* obtuvo valiosas informaciones.” (I, 208). Aunque aquí no hay referencia a la situación de enunciación, el que **el narrador se designe a sí mismo como autor** refuerza el carácter histórico del sistema textual de *Herrumbrosas lanzas*: en efecto, si la disociación entre autor y narrador es característica de la ficción, lo contrario, la identidad de estas dos figuras, lo es del relato factual; si además, como en *Herrumbrosas lanzas*, el narrador es ajeno a la acción que relata (narrador *heterodieético*), el texto no es sólo factual sino también y más específicamente histórico⁴¹.

Volviendo a las ocurrencias de la primera persona, se observará además que la naturaleza semántica de los verbos que las realizan, *apuntar* y *decir*, manifiesta también la presencia del narrador; en efecto, estos **verbos de palabra** (*verba dicendi*⁴²) conjugados en primera persona son instrumentos de la actividad enunciativa, tematizan (y por tanto explicitan) la actividad narradora: por una parte lo dicho (“No carecía Cristino de arrojo y atrevimiento...”), por otra el comentario de ese decir (“...como ya *he apuntado* alguna vez”).

Pero más importante que la tematización, cuantitativa y cualitativamente, es el fenómeno omnipresente de la **modalización**, en que, al revés de lo que ocurre con la tematización, lo dicho y su comentario son inseparables: el sentido depende de la integración de ambos componentes, mientras que en la tematización siempre es posible suprimir el enunciado tematizante. Define Robert Vion la modalización como « *un phénomène de double énonciation dans lequel l'une des énonciations se présente comme un commentaire porté sur l'autre, les deux énonciations étant à la charge d'un même locuteur* »⁴³. Y en efecto de eso se trata (de doble enunciación: primera y comentario) en las numerosas intervenciones en que el narrador se refiere a la pertinencia de su expresión lingüística, reforzándola, matizándola o reformulándola (en la clasificación de Vion, *glosas meta-enunciativas*), como prueban estos ejemplos extraídos de una treintena de páginas: “[...] era preciso tomar la lucha con algo más de seriedad [...] *en otras palabras*, que se trataba de matar” (I, 195); “*En otras palabras*, en lugar de defenderlo lo transformó en cepo.” (I, 200); “el Ejército del Centro (Madrid) había sido informado por un conducto secreto *–léase el espionaje–* [...]” (I, 294); “*Es decir*, repetir en la casa del Perdón la operación ejecutada en el puente.” (I, 201); “[...] era *–bien puede decirse–* el desembolso de sus últimos ahorros” (I, 228).

Menos frecuentes pero quizá más explícitas (en cuanto inscripción de la actividad narrativa) son las intervenciones en que el narrador justifica por adelantado la necesidad de su acto enunciativo en función de los conocimientos que presupone en el lector (*glosas meta-discursivas*): “*no estará de más recordar* que habiendo sufrido Madrid por aquellas fechas tres asaltos [...]” (I, 265); “*No parece*

⁴⁰ La situación de enunciación a la que refieren las expresiones deícticas es doble, tanto en nuestro texto como en un texto verdaderamente histórico: está entre la de la producción del texto, la del momento de la escritura (enunciación diferida), y la de la narración-lectura (enunciación directa); así, por ejemplo, en un texto histórico ciertas expresiones remiten al tiempo de la producción (“en estos tiempos revueltos...”) y otras al de la lectura (“este aspecto lo veremos después”).

⁴¹ « *leur identité rigoureuse (A[uteur]=N[arrateur]), pour autant qu'on puisse l'établir, définit le récit factuel – celui où, dans les termes de Searle, l'auteur assume la pleine responsabilité des assertions de son récit* » (Genette, “Récit fictionnel, récit factuel”, p. 155). Si además de A=N (factual) se da también Narrador=Personaje, el relato es una autobiografía; si el narrador no interviene en la acción (heterodieético), el texto es histórico (*Ibid.*, p. 158).

⁴² “*Verbum dicendi*: Es el que expresa comunicación, narración: *contar, decir, asegurar*, etc.” (Fernando Lázaro Carreter, *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1998)

⁴³ Robert Vion, “Modalités, modalisations et activités langagières”, *Marges Linguistiques*, 2, 2001, p. 222.

necesario señalar que a todas vistas el testigo presencial había añadido mucho de su cosecha.” (II, 89); “Es obligado y necesario señalar que en aquel primer momento de la propuesta [...]” (III, 213).

Por último, no puede dejar de señalarse la forma de modalización más frecuente en la obra de Juan Benet, y la que por tanto más contribuye a manifestar la presencia de un narrador que elabora activamente su discurso y se inscribe en él, a saber, la **modalización epistémica**. Si las otras dos formas de modalización lo eran del decir (del *cómo*), la modalización epistémica lo es de lo dicho (del *qué*). Válganos aquí un nuevo ejemplo de este fenómeno textual ya comentado en §II.2: “los lindes de Mantua que algunos se prestaron a cruzar (*tal vez* entonces no infundía tanto respeto como ahora)” (II, 185).

III. HERRUMBROSAS LANZAS Y LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

La reedición de 1998 de *Herrumbrosas lanzas* en un solo volumen (Alfaguara), incluye, además de los libros I a XII que comprendían los tres volúmenes de la primera edición (1983, 1985 y 1986), unos fragmentos póstumos de los libros XV y XVI. Con lo cual la novela nos llega tanto con libros fragmentarios (XV y XVI) como con libros totalmente ausentes (por lo menos, el XIII y el XIV). ¿Convierte esta circunstancia a *Herrumbrosas lanzas* en una obra inacabada? No del todo, si atendemos a las declaraciones de Javier Marías en el prólogo a esta edición:

Benet me dijo en una ocasión que planeaba “saltarse” algunos Libros, así como dar a alguno un carácter exclusivamente fragmentario, a efectos de crear la ilusión de que el conjunto de *Herrumbrosas lanzas* fuera una crónica hallada incompleta, con algunas de sus partes perdidas, exactamente como nos han llegado las de los historiadores de la Antigüedad a menudo, y en concreto las de dos de sus autores predilectos, a los que también en aquella oportunidad mencionó: la *Rerum Gestarum* de su admirado Amiano Marcelino [...] y la *Ab Urbe Condita* de Tito Livio [...]. Como también hay lagunas en Tácito, al que mucho admiraba. Esos historiadores latinos eran sin duda una de sus referencias y aun modelos principales en la concepción de *Herrumbrosas lanzas*.⁴⁴

A decir de Javier Marías, pues, la historiografía latina no sólo fue objeto de admiración estética por parte de Benet⁴⁵ sino que presidió la concepción de *Herrumbrosas lanzas*. Pues bien, vamos a ver en esta sección que efectivamente se hallan en la novela las huellas de tal influencia, o por lo menos que el texto de *Herrumbrosas lanzas* reproduce algunas de las características fundamentales de los textos históricos antiguos. Las que hemos comentado anteriormente lo eran en general de todo texto histórico; las que vamos a ver ahora lo son sólo de la historiografía clásica. Entre estas últimas puede ya contarse la señalada por Javier Marías, a saber: la **ordenación del texto en libros y la omisión de partes (en XV y XVI) o libros enteros (el XIII y el XIV)** como consecuencia de una simulada pérdida acaecida en algún momento de la Historia.

En segundo lugar, la materia del relato. Aunque se le agreguen fragmentos digresivos de todo tipo, la guerra en Región constituye la columna vertebral del relato. La guerra es el centro de la acción, no una trama de fondo sobre la que se dibujarían los destinos de personajes anónimos. El núcleo del relato lo constituye pues la **crónica del devenir político y militar de Región**, lo mismo que a la historiografía antigua interesaba principalmente el devenir de la polis o del estado y de sus dirigentes. En efecto, por una parte, ocupan gran parte del texto preparativos de todo tipo (reuniones, discusiones, organización táctica y material) y el desarrollo efectivo de las operaciones militares (avance de las

⁴⁴ Prólogo a Juan Benet, *Herrumbrosas lanzas*, Madrid, Alfaguara, 1998.

⁴⁵ Benet declaró repetidamente su pasión por los historiadores latinos, especialmente por Tácito, como puede comprobarse en la conferencia que dio en la BBC en 1977, “A Short Biographia Literaria” (en Juan Benet, *La moviola de Eurípides*, Madrid, Taurus, 1981, p. 61) y en las entrevistas recogidas en Juan Benet, *Cartografía personal*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 1997. Véase, por ejemplo, este fragmento de una entrevista de 1988: “¿Qué autores reconoce que han influido en su obra? Infinitos, los de mayor influencia estilística y puramente literaria son Faulkner, Cervantes, el Padre Sigüenza, Tácito, de cierto modo Bossuet, y a partir de ahí ya van decreciendo. La lista sería interminable, Faulkner y Tácito son innegables, saltan a la vista.” (*Ibid.*, p. 235). En otro lugar, hablando de los autores que han determinado su visión de la historia, Benet cita a Tácito, Suetonio y Amiano Marcelino (*ibid.*, p. 140).

columnas en la sierra, primer encuentro con el enemigo, fortuna diversa de la batalla, repliegue, cambio de táctica, etc.)⁴⁶. Por otra, los personajes de la novela (Mazón, Arderius, Lamuedra, Ruán, Constantino, Julián Fernández, Gamallo, etc.) no son simples individuos representativos del conjunto de una sociedad regionata que (reproduciendo el fenómeno nacional a escala local) sufriría en el anonimato e impotente la desgracia de la guerra; todo lo contrario: son los componentes del Comité de Defensa de Región y (aunque improvisados) los mandos militares de las tropas republicanas regionatas. En otras novelas de Benet como *Volverás a Región* los personajes protagonistas (Marré y el Dr. Sebastián) no ocupan ningún puesto de relevancia en la vida pública⁴⁷. Personajes que sí lo ocupan y que aparecen también en *Herrumbrosas lanzas*, como Ruán, son en esas novelas secundarios; o bien, como Gamallo, aparecen sólo momentáneamente, ya como personajes públicos (descripción en *Volverás a Región* de la ofensiva de las tropas nacionales por él conducidas), ya en peripecias de su vida privada (episodio del casino y la moneda de oro). Es decir, en otras novelas del ciclo de Región la guerra es sobre todo una tela de fondo en la que se dibujan los ives y venires de los personajes. En *Herrumbrosas lanzas*, al contrario, la vida pública, monopolizada por el esfuerzo de guerra, constituye el centro de la acción, y los personajes protagonistas lo son en tanto dirigentes de esa vida pública, es decir, en tanto mandos del ejército republicano de Región. Estamos pues lejos de la pintura del individuo anónimo, de « *la condition de l'homme dans sa dimension quotidienne, domestique, concrète* »⁴⁸, característica de la novela realista.

Así, al igual que la historia de Herodoto “cristaliza en los grandes personajes [...] poderosos y cuyas acciones, lo quieran o no, deciden el curso de los acontecimientos”⁴⁹, al igual que Tucídides se proponía tratar de “la guerra, sólo la guerra, pero toda la guerra”⁵⁰ y que la historia de Tácito cuenta los reinos de los sucesivos emperadores romanos desde Augusto hasta Domiciano, *Herrumbrosas lanzas* es una crónica política y militar de Región y de sus dirigentes. Es esto algo —el protagonismo colectivo de *Herrumbrosas lanzas*— que explicita la última página del último volumen de la novela (el III) : tras la derrota de las fuerzas republicanas de Región se esfuma el destino colectivo y no quedan sino vidas aisladas, con lo que la novela-crónica llega a su fin:

la aventura común había de conocer su fin para prolongarse en la peripecia personal de cada cual que —despojado de un destino compartido— con sus propios medios buscaría el sendero opuesto al de la guerra, la vuelta a casa o la capitulación. (III, 304-305)

Herrumbrosas lanzas comparte (o imita) otro aspecto del tratamiento que cierta historiografía antigua hace de la materia histórica. En cuanto esta materia la constituye el devenir político y militar del estado y dado que este devenir depende de las personalidades que ostentan el poder, el personaje (la personalidad) adquiere una importancia clave. Así, la historiografía antigua se vale con frecuencia de un procedimiento que inaugura Tucídides: los discursos supuestamente pronunciados por los personajes⁵¹. Más generalmente, es característico de la historiografía antigua el interés por **el análisis psicológico de las motivaciones de los personajes** que deciden el curso de la acción, análisis que, por otra parte, son pura invención, reconstrucciones del historiador completamente hipotéticas⁵². Es esta

⁴⁶ Puede ello comprobarse rápidamente examinando los resúmenes al principio de cada libro.

⁴⁷ Lo mismo puede decirse de *La otra casa de Mazón*, de *Un viaje de invierno*, de *Una meditación...*

⁴⁸ Jacques Dubois, *Les romanciers du réel. De Balzac à Simenon*, Paris, Seuil, 2000, p. 48. Auerbach caracteriza los actores de la novela realista como « personajes de la vida cotidiana y de rango medio. »

⁴⁹ Jean Maurice Bizière et Pierre Vayssière, *Histoire et historiens. Antiquité, Moyen Âge, France moderne et contemporaine*, Paris, Hachette, 1995, p. 14

⁵⁰ *Ibid.*, p. 16. Se trata, como es sabido, de la guerra del Peloponeso. No estará de más recordar que suele decirse que con Tucídides empieza la Historia y que con él « *sont désormais fixés les traits d'une historiographie 'classique', qui va durer, prendre allure et valeur de modèle* » (Guy Palmade, artículo “Histoire/Histoire de l'Histoire”, *Encyclopaedia Universalis*, Paris, Encyclopaedia Universalis, 2004).

⁵¹ Bizière et Vayssière, *Histoire et historiens*, p. 17. Técnica que llegará, por ejemplo, hasta Tácito.

⁵² Tucídides muestra así « *[une] maîtrise remarquable [...] dans le domaine de l'analyse psychologique. Son talent s'exerce qu'il s'agisse d'individus, dont il trace des portraits pleins de pénétration ; des groupes [...] des comportements.* » (*Ibid.*, p. 18). Lo mismo que Tácito, quien « *accorde une grande place aux motivations des individus* » (*ibid.*, p. 45).

una característica que encontramos también en el texto de Benet, que abunda en retratos psicológicos (etopeyas) y en general en explicaciones de la conducta de los personajes⁵³.

Notemos además que esta circunstancia, el que el modelo historiográfico convocado por *Herrumbrosas lanzas* incluya el comentario pormenorizado de los contenidos de conciencia de los personajes, transforma la significación del empleo de la focalización interna al que nos referíamos en §II.2. Decíamos allí que los enunciados a cargo del narrador que refieren una actividad psíquica no exteriorizada (y no modalizados epistémicamente) constituían una violación de las reglas que rigen el texto factual y que constituían en consecuencia marcadores de ficcionalidad. Sin embargo, a la luz de lo que acabamos de ver la significación de este empleo “ilegítimo” de la focalización interna cambia de signo: en cuanto los historiadores antiguos recurren masivamente a ella, su empleo en *Herrumbrosas lanzas* deja de ser un índice de ficcionalidad para convertirse en signo de factualidad, de la factualidad característica de la historiografía antigua⁵⁴.

Aun en un cuarto aspecto se asemeja *Herrumbrosas lanzas* a la historiografía antigua, a saber, en la consideración del devenir histórico como supeditado a **fuerzas negativas subterráneas**, atemporales y ajenas la voluntad humana. Como no han dejado de señalar numerosos trabajos, fatalidad y pesimismo presiden el mundo de las obras de Benet, en que la mayor parte de personajes asumen conscientemente fracaso y decadencia como destino último⁵⁵. Aunque este punto es probablemente menos marcado en *Herrumbrosas lanzas*, pues parece que el presente de la Historia, la Historia haciéndose, no pueda por completo someterse a la fatalidad: en efecto, fatalismo y destino pertenecen al ámbito cerrado y circular del mito, condenado a la repetición y por tanto a la inmovilidad; en cambio, la Historia como relato de la acción transformadora del mundo –en nuestro caso, la guerra– es esencialmente abierta a un devenir incierto y cambiante. Sin embargo, *Herrumbrosas lanzas* mitifica, por así decirlo, la Historia, como cierta historiografía antigua que tendía a superponer un espíritu, una naturaleza intrínseca y atemporal al relato de los acontecimientos históricos. Así, en Herodoto los hombres “son incapaces de refrenar sus apetitos, sus envidias, sus odios y en definitiva se muestran impotentes ante el gran libro del Destino donde todo parece escrito por adelantado”⁵⁶; lo mismo que es conocido el pesimismo de la obra historiográfica de Tácito, que, apoyado en “una visión maniquea que opone a la minoría perseguida [...] una jauría de malvados [de] naturaleza intrínsecamente perversa”⁵⁷, “gusta de elegir asuntos particularmente sombríos, que muestren un alto grado de corrupción de las costumbres”⁵⁸. Pues bien, la Guerra Civil se presenta ya al principio del texto como gobernada por un destino ajeno a la voluntad de los combatientes:

A veces un destino es independiente de las fuerzas antagonistas que lo dominan y empujan; [...] Y aquel destino quería que la guerra se prolongara, aunque fuera innecesaria; que se prolongara incluso más allá de sí misma, a lo largo de una rencorosa, sórdida y vengativa paz; (I, 18)

⁵³ Véanse, por ejemplo, el retrato de Franco (sin nombrarlo) (I, 21-23), el retrato del capitán Arderius (I, 16-17), el análisis de las motivaciones de los combatientes republicanos (I, 28), los temores que guían la acción de Estanis (mando republicano) (I, 166), las consideraciones que para sí mismo hace Mazón sobre la posible traición de Arderius (III, 146-149), el análisis de los motivos ocultos que dictan la conducta de Gamallo (III, 190-193).

⁵⁴ Y lo mismo puede decirse entonces del otro componente de la factualidad que comentábamos en §II.2: la indicación de la fuente. Los historiadores antiguos no suelen precisarlas, con lo que esas mismas omisiones en *Herrumbrosas lanzas* vuelven a acercar el texto de la novela al modelo historiográfico antiguo (véase Bizière et Vayssière, *Histoire et historiens*, p. 17 y 38).

⁵⁵ Uno entre mil: David K. Herzberger, "La aparición de Juan Benet: una nueva alternativa para la novela española", en Kathleen M. Vernon (ed.), *Juan Benet*, Madrid, Taurus, 1986, donde puede leerse que “la ruina y la desesperación [...] constituyen el motivo central de cada una de las novelas de Benet” (p. 25).

⁵⁶ Bizière et Vayssière, *Histoire et historiens*, p. 14. Véase también este pasaje de Tucídides: “Recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma” (*Guerra del Peloponeso*, III, 82-83, trad. de Antonio Guzmán Guerra, en Carlos García Gual et Antonio Guzmán (ed.), *Antología de la literatura griega*, Madrid, Alianza, 2003, p. 282)

⁵⁷ Bizière et Vayssière, *Histoire et historiens*, p. 44. « On peut relever [dans l'oeuvre de Tacite] trois thèmes, au moins, qui circulent de manière récurrente et parfois associée : les ténèbres, le feu et la mort. » (*ibid.*, p. 45)

⁵⁸ Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1942, p. 61. Así, la historiografía antigua “no percibe fuerzas [históricas], sino vicios y virtudes, éxitos y errores; su modo de plantear el problema no es, ni espiritual ni materialmente, histórico-evolutivo, sino moral.” (*ibid.* p. 43).

Este devenir regido por fuerzas independientes de la acción humana surgirá periódicamente, anulando o relativizando el carácter histórico de los acontecimientos. Así, esa fuerza de un destino implacable aparece personificada en la llama de la luz ante la que se hallan reunidos Mazón y otros oficiales:

Decía la luz que en su corona de pequeños aros morados y naranjas covergían todos los hilos del destino. Decía la llama: «Sabed una vez más que aquí mando yo. Consumiréis vuestro breve plazo con vuestras improcedentes trifulcas, pero sólo yo, la luz, corro con el gasto de vuestro devenir.» (I, 240-241)

Igualmente, Enrique Ruán advierte al capitán Arderús atento a la radio que las noticias serán hoy las mismas que ayer y que mañana:

si apuras el oído a lo mejor llegas a oír el parte de mañana, muy parecido al de hoy, por otra parte. En esta parte del país es tal la costumbre de esperar que se vive hoy como si fuera mañana, o ayer; y mañana como hoy, o ayer. (I, 243)

Repetición, espera, relativa anulación de la trascendencia de la acción humana, gobierno de fuerzas atemporales: la Historia como manifestación superficial de un carácter profundo, permanente y negativo del mundo liga así el tratamiento de la materia histórica de *Herrumbrosas lanzas* al de la historiografía antigua.

Por último, si la referencia a ese carácter profundo del devenir colectivo es en cierta manera la ley que rige el conjunto del mundo benetiano, el texto recurre constantemente a otras leyes, más particulares, que invoca sólo para iluminar un segmento concreto de la historia, pero que no por ello dejan de presentarse como verdades ajenas al discurrir particular de los acontecimientos. Así, se movilizan a lo largo del texto gran cantidad de **enunciados gnómicos**, elemento característico de los textos de la historiografía antigua, que con frecuencia no se limita a describir sino que juzga, evalúa, compara los hechos que relata con valores y cánones ajenos supuestos de validez eterna⁵⁹. Véanse, así, los relativos al combate (I, 19), la celebridad (I, 40), el engaño (II, 78), la voluntad (II, 167) o la Historia (III, 123-124; III, 261), de los que entresacamos el ejemplo siguiente:

Hay ocasiones en que la historia adopta un cierto itinerario a causa del cansancio de unos protagonistas que no se molestarán ya en leer el letrero del poste de la encrucijada, cuando el sueño o la fatiga del jinete dejan a la cabalgadura la elección de un último rumbo que se acepta de antemano, cualquiera que sea el punto al que conduce; ocasiones en que, en un postrer instante decisivo, la dejación pasa a ocupar el puesto que ha dejado vacante el denuedo, con su cuenta saldada en la indiferencia. (I, 154)

Resumiendo, *Herrumbrosas lanzas* reproduce cuatro caracteres de la historiografía antigua (además de su disposición en libros fragmentarios): el centrarse en la vida político-militar del estado, el interés en el análisis psicológico de las motivaciones de los personajes (los dirigentes del estado), la concepción de una Historia regida por fuerzas subterráneas y el recurso a una doxa variada a la luz de la cual se comentan los acontecimientos relatados.

⁵⁹ « Thucydide [...] semble avoir été persuadé de la permanence de la nature humaine. Se plaçant délibérément sub specie aeternitatis, il considère que l'histoire n'est pas seulement le récit d'une succession d'événements mais le décodage de situations devenues, de par l'analyse de l'historien, exemplaires des relations humaines où [...] les mêmes causes produisent des effets comparables. ». « Pour Tacite [...], si la fonction de l'historien est de commémorer, elle ne s'arrête pas là et va indissociablement de pair avec une évaluation des actions [...] selon les canons de l'antique système des valeurs » (Bizière et Vayssière, *Histoire et historiens*, p. 19 y 44)

IV. CONCLUSIÓN: DE LA HISTORIA AL ESTILO

En la primera parte de este trabajo hemos visto que estructuran el texto de *Herrumbrosas lanzas* ciertas categorías formales características del texto historiográfico: el establecimiento y autenticación del referente discursivo como referente real (histórico), la convalidación de la veracidad del relato, la elaboración del texto según una lógica de explicación *a posteriori*, la manifestación textual de la voz-origen responsable de estas operaciones y del relato en sí. En la segunda parte, hemos añadido a los anteriores otros caracteres, eminentemente temáticos, propios de una tradición historiográfica en particular, la clásica, entre los que destacan la centralidad que el texto concede a la vida de la *polis* y de sus dirigentes, sometidos ambos a un destino incomprensible en su fatalidad. Queda así patente la diversidad de aspectos de esa morfología historiográfica que sin duda percibe el lector de *Herrumbrosas lanzas*.

Ahora bien, esta filiación formal puede sorprender al habitual de Juan Benet. En efecto, ¿cómo conciliar la imitación de modelos textuales pertenecientes al ámbito de la divulgación de un saber (el histórico), y por tanto sujetos al imperativo de la transparencia comunicativa y la fidelidad al referente, con la poética radicalmente formalista y auto-referencial de Benet⁶⁰? Dicho de otra forma, ¿en virtud de esta aparente contradicción, ¿la adopción de un modelo textual historiográfico no imposibilita el despliegue del arte característico de Juan Benet, tan poco dado a la claridad expositiva, a la pedagogía, y que, al contrario, reivindica la preeminencia del estilo⁶¹?

Como cabe imaginar, a este interrogante proponemos una respuesta negativa. Y ello porque el marco enunciativo que instauran los modelos textuales historiográficos nos parece corresponder precisamente al más característico de la poética benetiana, a saber, aquel en que lo primordial es la voz narradora. Como vimos en la última sección de la primera parte, el enunciador histórico se caracteriza por su visibilidad; y, en este sentido, el texto historiográfico actualiza el régimen lingüístico del *discurso*, opuesto del *relato* en la célebre diada de Benveniste. Si este último queda definido por la ausencia de toda referencia, implícita o explícita, al narrador (« *personne ne parle ici; les événements semblent se raconter eux mêmes* »), el discurso se caracteriza por ser, al contrario, una « *énonciation supposant un locuteur et un auditeur* »⁶², locutor que queda textualmente inscrito mediante, entre otros, los fenómenos que hemos comentado en la sección referida⁶³. Pues bien, nos parece que el texto benetiano se caracteriza por exacerbar esta visibilidad de la voz narradora intrínseca al texto histórico: esa entidad discursiva que el texto histórico no oculta, el sujeto textual responsable de la selección, disposición y evaluación del material, no se conforma en el texto de Benet con la sola visibilidad y se arroga para sí no ya el decir sino el objetivo de ese decir: si en el texto histórico el contar es un instrumento al servicio de una ideal referencialidad extra-textual, en el benetiano sólo cuenta el espectáculo de una elocuencia sin causa, del puro poder verbal⁶⁴. Así, el modelo textual histórico aparece a la vez como una necesidad, una imposición (exterior) de la materia (la guerra en Región), y como la trampa de un instrumento que, atrofiado, contraría su función primigenia, como un teatro en que se vino a ver a la Historia y en el que, al levantarse el telón, se descubre al Estilo.

⁶⁰ “La novela informativa, la novela docente, es una mezcla inestable en el tiempo porque tarde o temprano el componente de información se evapora [...] La información en sí es sólo interesante durante un tiempo bastante breve.” (Juan Benet, *La inspiración y el estilo*, Alfaguara, 1999 [1966], p. 173-174). Prima así en Benet “la pura hipnosis del estilo, que es lo que hace pasar las páginas sin métodos fraudulentos ni recursos de barracón de feria; [...] el largo aliento, el párrafo noble, el vigor de la prosa que obliga a leer conteniendo la respiración, y no precisamente porque el lector ansie saber qué va a pasar o está ya pasando (lo que ansía es ver el paso)” (Javier Marías, “Epílogo” a Juan Benet, *En el estado*, Alfaguara, Madrid, 1993).

⁶¹ “El estilo [es] el esfuerzo del escritor por superar el interés extrínseco de la información para extraer de ella su naturaleza caediza y confeccionarle otra perdurable.” (*Ibid.*, p. 174).

⁶² Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale I*, Paris, Gallimard, 1966, p. 241-242. Como suele hacerse, sustituimos el término “historia” (“*histoire*”) por el de “relato” para evitar confusiones.

⁶³ A este respecto, pueden verse, además del trabajo de Benveniste, Gérard Genette, “Frontières du récit”, *Figures II*, Paris, Seuil, 1969, especialmente p. 61-69 y Catherine Kerbrat-Orecchioni, *L'Énonciation. De la subjectivité dans le langage*, Paris, Armand Colin, 1999, p. 165 y *passim*.

⁶⁴ “Causa” en el sentido retórico de “objeto del pleito” (Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1969, vol. III, p. 31), es decir, de cuestión práctica para la que se moviliza la elocuencia del orador. Esta poética de la exhibición verbal, que aquí simplemente postulamos, habremos de tratar de elucidarla en otra ocasión.